





NOVELA CORTA Y TEATRO  
EN EL BARROCO ESPAÑOL (1613-1685)



Este libro se ha beneficiado de las ayudas a la investigación concedidas al Grupo Novela Barroca (Proyecto I+D+i FFI2010-15072 del Ministerio de Ciencia e Innovación: *Novela corta del siglo XVII: estudio y edición*) por el Plan Propio de Fomento de la Investigación de la Universidad de Córdoba, una Acción Complementaria (FFI2010-08991-E) a Proyectos de Investigación Fundamental no orientada del Ministerio de Ciencia e Innovación y un Incentivo para actividades de carácter científico y técnico de la Junta de Andalucía, C.2 / 2010.

© edición de Rafael Bonilla Cerezo, José Ramón Trujillo y Begoña Rodríguez

© de los textos: Rafael Bonilla Cerezo, Giulia Giorgi, David González Ramírez, Javier Huerta Calvo, Jean Michel Laspéras, Abraham Madroñal Durán, Mariano Olmedo, M.<sup>a</sup> Jesús Ruiz Fernández, Debora Vaccari, Miguel Ángel Teijeiro, Nicola Usai y José Ramón Trujillo

© de la edición: SIAL Ediciones, 2012  
Bravo Murillo, 123 • 28020 Madrid (España)  
Correo electrónico: publicaciones@sialedicion.es  
Fax pedidos: 91 535 70 53

Cubierta: Lorenzo Lippi, *Allegoria della simulazione*, c. 1640

© de la colección Prosa Barroca: Proyecto I+D+i FFI2010-15072

© diseño de la colección: José Ramón Trujillo y Rafael Bonilla

La reproducción total o parcial de este libro (incluido su diseño), su alquiler, su incorporación a un sistema informático, su transmisión o transformación en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright, vulnera derechos reservados.

Depósito Legal: M-5656-2012  
ISBN-13: 978-84-15014-86-7  
Hecho en España (Unión Europea)

NOVELA CORTA Y TEATRO  
EN EL BARROCO ESPAÑOL  
(1613-1685)

STUDIA IN HONOREM PROF. ANTHONY CLOSE

EDICIÓN DE RAFAEL BONILLA CEREZO, JOSÉ RAMÓN TRUJILLO  
Y BEGOÑA RODRÍGUEZ



SIAL Ediciones



Dirección

Rafael Bonilla Cerezo (Universidad de Córdoba)

Coordinación Científica y Editorial

José Ramón Trujillo (Universidad Autónoma de Madrid)

Secretaría

Begoña Rodríguez (Universidad Alfonso X el Sabio)

Comité Científico

Julia Barella (Universidad de Alcalá)

Cristina Castillo (Universidad de Jaén)

Davide Conrieri (Scuola Normale Superiore de Pisa)

Angela Fabris (Universidad de Klagenfurt)

Abraham Madroñal (Consejo Superior de Investigaciones Científicas. CSIC)

Michel Moner (Universidad de Toulouse-Le Mirail)

Antonio Rey Hazas (Universidad Autónoma de Madrid)

Florencio Sevilla (Universidad Autónoma de Madrid)

Lia Schwartz (Universidad de Nueva York, CUNY)

Paolo Tanganelli (Università degli Studi di Ferrara)

Miguel Ángel Teijeiro (Universidad de Extremadura)

# ÍNDICE

Rafael BONILLA CEREZO (Universidad de Córdoba) <i>A Man of All Seasons</i> .....	9
Jean Michel LASPÉRAS (Universidad de Provenza-Aix-Marseille I) Espacios de la novela corta .....	15
Miguel Ángel TEJEIRO (Universidad de Extremadura) El personaje del nigromante en la novela cortesana .....	37
David GONZÁLEZ RAMÍREZ (Universidad de Málaga) Sobre la <i>princeps</i> de dos textos póstumos de Castillo Solórzano: <i>Sala de recreación</i> y <i>La quinta de Laura</i> .....	55
Giulia GIORGI (Università degli Studi di Ferrara) «Novelar muy a imitación de lo de Italia»: Castillo Solórzano, lector de Francesco Sansovino .....	77
Debora VACCARI (Università di Roma-La Sapienza) Lope de Vega y la reescritura de la novela corta: el caso de <i>Amar sin saber a quién</i> .....	87
Mariano OLMEDO (Universidad de Michigan) Las novelas enmarcadas como reflejo de la estructura amorosa en <i>Navidades de Madrid</i> y <i>noches entretenidas</i> (1663) de Mariana de Carvajal y Saavedra .....	107
Nicola USAI (Universidad de Córdoba) La geografía de <i>El forastero</i> y el contexto literario de Jacinto Arnal de Bolea.....	121
María Jesús RUIZ FERNÁNDEZ (Universidad de Cádiz) «Ni es cielo ni es açul...». Teatralidad y magia en los <i>Sucesos y prodigios</i> de Juan Pérez de Montalbán.....	139
Javier HUERTA CALVO (Universidad Complutense de Madrid) Si el cuento fuera novela y la novela, entremés.....	155
Abraham MADROÑAL DURÁN (CSIC) Entre novela y entremés: la segunda parte de <i>El coloquio de los perros</i> .....	169
José Ramón TRUJILLO (Universidad Autónoma de Madrid) Apuntes para una colección de narrativa barroca .....	185





## *A MAN FOR ALL SEASONS*<sup>1</sup>

RAFAEL BONILLA CEREZO  
Universidad de Córdoba

Con la alegría y la distinción que le son características, mi amigo Rodrigo Cacho me telefoneó en lo más crudo del crudo invierno de 2010. En otros lugares esta frase sonará a epíteto gastado, o a tautología, pero en Cambridge durante los inviernos no siempre llueve. Solo nieva. Es uno de sus secretos: «¡Califa, tengo una sorpresa para ti. Vas a cenar en casa de Anthony Close!». Hoy recupero aquella tarde, las risas de enero junto a los sabios de una profesión que a veces se encorseta –muy a lo victoriano– más de lo que exigiría cualquier graciosa majestad; ávida de laureles verdeados bajo el rictus de Heráclitos poco (o nada) cristianos. Admito, no obstante –lo descubrí apenas un año después–, que por mucho humor que se posea la vida sabe resquebrajarnos. Incluso a quienes visita a menudo el cascabeleo de la utopía. Y claro, me acuerdo de la distinción, atributo que nuestros diccionarios han definido de forma vaga. Quizá porque pertenece a esa tribu de palabras que no comulgan con la clausura de un diccionario. He aquí otra propuesta: «dícese del que es raro gracias a su elegancia, una de las vecinitas –de alta costura– en el atelier del talento». Que se podrá cortejar o no, pero ni se compra ni se vende. Un ejemplo: hay quien mira la luna para describir sus cráteres y astroblemas; otros solo admitirían que cada uno de ellos son dulces burbujas de Chardonnay. Los estratégicos lunares de una muchacha hermosa. La pelota de golf por la que galopó el hipogrifo. Y así nos va.

Ambas cualidades brillaban sobremanera en la figura de Anthony Close, aunque yo aún no lo sabía. Cuando uno deja sus terrazas de invencible verano –tórrido, febril, el «can Celeste» y todas las metáforas estivales que el julio cordobés

---

<sup>1</sup> Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación I+D+i FFI2010-15072 del Ministerio de Ciencia e Innovación.

trueca en realidad—, rumbo al Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Cambridge, intuye que los enmoquetados pasillos del MML guardan la memoria, mitad centinelas, mitad heraldos, de buena parte del Hispanismo inglés. «Antonio Cerrado», así lo llamaba con respeto y cariciosa sonrisa Coral Neale, Senior Secretary de la Sidgwick Avenue —Coral no sonríe; revolotea como una luciérnaga fantástica, mientras exclama: «¡Buenos días, chico!»—, ocupó el asiento destinado a los cervantistas.

No es mi propósito firmar aquí un obituario y menos un perfil del autor de *The Romantic Approach to Don Quijote* (Cambridge, University Press, 1978; trad. española a cargo de Gonzalo G. Djemb : *La concepción romántica del Quijote*, Barcelona, Crítica, 2005). Por tres razones: 1) mi vocación para la semblanza es reducida; 2) a lo largo del último bienio se han publicado varias, tan emocionantes como rigurosas: la de Emilio Martínez Mata, en *El ingenioso hidalgo. Estudios en homenaje a Anthony Close*, ed. Rodrigo Cacho, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2009), y la que Germán Vega García-Luengos le dedicó en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* (LXXXVI, 2010). O bien las de Steven Boldy y Rodrigo Cacho (*The Guardian*, 3 de octubre de 2010), Ramón Irigoyen (*El Diario de Navarra*, 27 de septiembre de 2010), José Montero Reguera («Adiós a un caballero discreto (en recuerdo de Anthony Close)»), *El Faro de Vigo*, 24 de septiembre de 2010), José Manuel Lucía Megías («Adiós a Anthony Close», *Diario de Alcalá*, 21 de septiembre de 2010)...; y 3) solo lo vi una vez, agasaj ndonos —a mesa y mantel— con un fest n de inteligencia.

He querido, más bien, trazar un retrato del Anthony que yo conocí. O cómo me pareció. Avisado de que otros colegas glosar n (y han glosado) sus valores con justeza. A nadie se le escapa que tanto el libro sobre las diferentes interpretaciones del *Quijote* a partir del Romanticismo —tomando como punto de origen los estereotipos creados por los alemanes del XIX— es una obra maestra, al igual que el titulado *Cervantes and the Comic Mind of his Age* (2000, trad. *Cervantes y la mentalidad cómica de su tiempo*, Alcalá, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 2007). Tan renovadores como para espolear los de Klaus-Dieter Ertler y Andrea Maria Humpl (*Der widerspenstige Klassiker. Don Quijote im 18. Jahrhundert [El clásico rebelde. Don Quijote en el siglo XVIII]*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2007) y, recientemente, el de Carmen Rivero Iglesias (*La recepción e interpretación del Quijote en la Alemania del siglo XVIII*, Argamasilla de Alba / Ciudad Real, Ayuntamiento de Argamasilla de Alba / Diputación de Ciudad Real, 2010).

Tampoco me corresponde honrar sus numerosos méritos: desde su doctorado en el Trinity College de Dubl n, bajo la dirección de Ted Riley, a los cargos que asumió —tengo para mí que no era aficionado a ocupar y menos todavía a que lo (pre)ocuparan— tanto en Cambridge, donde fue Lecturer in Spanish (1967-2001) y Reader (2001-2004), como en la Asociación Internacional del Siglo de Oro, cuya presidencia mereció, o en la Junta Directiva de la Asociación de Cervantistas.

El Anthony Close que los dioses me permitieron descubrir fue otro. Un hombre que le hubiera gustado a Cervantes y también a Von Sternberg; en la medida en que guardaba mucho del embrujo de Shanghai. No en vano, nació en China, fruto del trabajo de su padre en el British Council. Pero me estoy adelantando. Mientras recorría la calle Mill Road de Cambridge junto a Rodrigo Cacho, bromeando como casi siempre –somos bastante serios en el trabajo, pero nos tomamos muy poquito en serio–, cavilaba sobre la cena que me esperaba. Cuál debía ser el trato y, por qué no, el venerable respeto que un estudioso como Close solicitaría.

Por no faltar a mis paradojas –entonces no se lo dije a Rodrigo– decidí que lo mejor era hablar poco. Más aún: «no hablar de nada». Quienes me frecuentan saben que prefiero que me amputen los pulgares antes que cumplir tamaño capricho. Pero aquella tarde, ignoro las causas, me dio por pensar que la gente habla demasiado, y esto, a la postre, no puede conducir a nada bueno. Tenía noticia además de las prendas oratorias que adornaban a nuestro anfitrión. Con todo, concluí que, si había decidido invitarme, no estaría bien que ambos nos quedásemos callados, meditando sobre nuestras cosas, porque resultaría una reunión algo sospechosa.

Se trata del único evento al que he acudido con traje, corbata y unas zapatillas de deporte en la mochila. Podría pensarse que aventuraba un éxodo digno de una gacela de Thompson, si bien obedecía a una petición de Rodrigo, que a la mañana siguiente había concertado una excursión campestre –¿por qué todas las excursiones van acompañadas de ese adjetivo?– junto a Steven Boldy, Catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Cambridge, e Isabel, su encantadora mujer. Un matrimonio salido de una *screwball comedy* de los años cuarenta. Tan amigos de Close como para decretar que, ya se nazca en Inglaterra o en Asturias, donde hay que vivir es en Cádiz. Más aún: Isabel me preguntó: «¿De dónde eres?». Respuesta súbita: «De Córdoba». Acotación: «¡Ah, Córdoba!, pero tu acento es de Cádiz, ¿verdad Steven?». Huelga señalar que mi acento debe poco al gaditano –no ceceo lo más mínimo–, aunque no me importaría, pues yo no tengo un amor en La Habana sino dos en Andalucía.

Fueron Isabel y Steven quienes nos llevaron hasta la casa del gran cervantista. En cuanto Anthony abrió la puerta comprendí que aquel curioso individuo transformaba la cómica carcajada en humor sonrisa. Ante mí se levantaba un caballero que tanto valía para jugar a jugar –mimetizándose– por el laberinto del *Quijote* como para sublimar, con dos estocadas y parada en cuarta de agudeza, cualquier película de la *Ealing*. Anthony se me antojó enseguida una suerte de Alec Guinness, con el pelo cano y ese guiño de rebeldía que denotaban varios mechones más largos por la nuca. Vestía un jersey de color camel, la piel sonrosada –llamativamente fina– y una ironía a prueba de molinos. Reproduzco el diálogo, su primer saludo, con la certeza de que fue así y no lo falseo. Entre mis peculiaridades, cruzado ya el umbral de la treintena, se cuenta la de disfrutar de las virtudes que desconozco, alimentando la humildad de las públicas. Y si alguna me singulariza es la de atesorar –no sé cuánto la conservaré– una memoria como la de Doc Savage. O casi.

Los saludos fueron corteses, en procesión, al modo de los entremeses de figura. Vislumbré en Close, que abrazó a Rodrigo y a continuación estrechó mi mano, el gesto del que ha aprendido a despedirse de la Academia sin verse obligado a rechazar por ello lo que los años nos proponen como más agradable. Con el educado ademán que permite renunciar a un cigarrillo (o a una toga) que, de aceptarlo, terminaría por hacernos toser. Tras cruzar unas palabras con Steven e Isabel, hubo un silencio: «Bienvenidos, aunque no estoy seguro de haberos invitado a todos». La primera gota de la sulfúrica ironía del Profesor Close.

Dos etcéteras más tarde, hechas tanto las presentaciones como donaires de bella índole, pues había entrado en el salón Françoise, sinónimo de sensibilidad y amor por Anthony (y por España), intercambiaron noticias. Hacía tiempo que no se habían visto. Rodrigo informó de su vida en Londres. Acababa de mudarse y disfrutaba de la Beca de Investigación del Leverhulme Trust. Close lo felicitó con llaneza —otra de sus virtudes; no sentí abismos generacionales aquella noche— y apostilló: «imagino que ese galardón demandará una buena gavilla de artículos». Recuerdo que utilizó el término «gavilla» y que su español, cuidadísimo, aprendido en Chile, estaba revestido por el ingenio de los escritores a los que consagró sus trabajos y sus días (y diría que con los que empezó a hablar nuestra lengua).

Un español nada alambicado ni pedantesco, pero sí deliberada y elegantemente *demodé*, algo arcaizante y perfumado por la brisa de la sutileza. Se dirigió a mí para indicar dónde estaba el comedor en el que habríamos de dar cuenta de «una, tal vez, frugal pitanza». Juro que creí conversar con Cervantes. Como los grandes ironistas —de la estirpe de Fielding o Sterne—, Close esbozó un mohín aprobatorio, casi un esfumato de risa, cuando me atreví a replicar con temeridad: «no se preocupe, Camacho ya se ha casado». Durante la cena, redondeada por un espléndido salmón y los mejores vinos, entendí que Anthony concebía el humor y hasta la Filología como la media aritmética de un dibujo impresionista. Recelaba del humor demasiado obvio, en exceso coyuntado, como diría Gómez de la Serna, y se afanaba en retorcerlo, en descoyuntarlo, abriendo las ventanas que permanecieran cerradas —incluso las entornadas— al viento fresco de sus consejos. También deduje que, si no le gustabas, aunque, eso sí, con la mayor de las cortesías, podía reciclar ese mismo «viento fresco» como complemento directo de otro enunciado.

Mostró interés por mi proyecto de editar una colección de novelas del siglo xvii. Y precisó que era empresa «tan necesaria como necesitada (dos verbos más que lejanos) de mirada propia». Asentí sin comprender del todo. Es probable que ahora adivine la lección que me brindó. No estoy seguro de haberlo logrado, pero créanme que tuve a Close muy presente durante la redacción final. Era de esos eruditos —a mi juicio escasean— que hacen bandera de la distinción de la que hablaba al principio. No se trata de imprimir muchos o pocos trabajos; de hecho tampoco era, visto con perspectiva, un humanista prolífico. Escribía cuando tenía algo que decir. Y basta leer uno solo de sus libros para reconocerlo en cualquiera de los que nos legó. En efecto, eso se llama estilo.

Buscaba acercarse a nuestra literatura justo al contrario a como muchos forenses de la cultura diseccionan cada órgano de los poetas muertos (y de los vivos). Para él, Cervantes, Alemán y Quevedo atendían en realidad por Miguel, Mateo y Paco. Procuró amistarlos con ellos —él sería Antonio, sin duda—, acostumbrarse a sus miradas, disculpar sus yerros o tropezones.

Como aquel Ginés de Silva que huyera de *El entierro del conde de Orgaz* para explicarnos el Barroco en *El Laberinto*, de Mujica Lainez, Close supo flanquear a Don Quijote para razonar, con toda la cordura que permite el arte, cómo había que leer la historia de un hidalgo que eligió divertirse para ser feliz: montó a caballo, luchó contra los gigantes que le vino en gana, metamorfoseó a una oveja en el soberbio Alifanfarón, fabricó un yelmo de hojalata, favoreció a los menesterosos y, como no podría ser de otra forma, se enamoró de una pompa de jabón a la que llamó Dulcinea y era la doncella más atractiva del mundo. El que no lo viera así, o sea, al modo de Cervantes, con lecturas y humor en los dos platillos de esa balanza que denominamos crítica, recibía el inapelable veredicto de Anthony: «¡paparruchas!»

Después del postre, observé que el decorado de aquel salón, donde nos sentamos cuidadosamente, con él y Françoise en la cabecera, Rodrigo y yo en dos de los laterales e Isabel y Steven, en los otros dos, era el reflejo mental del personaje que lo habitaba. A nuestro alrededor multitud de libros, de desigual clase y procedencia —era curioso y aficionado a la jardinería, según me relató—, custodiaban aquella improvisada Academia de los Nocturnos, donde ya no se repentizaban poemas, pero sí amistades. Y sin que nadie interrumpiera en ningún momento al que estaba en posesión de la palabra. Anthony veneraba las palabras. Las encadenaba con el mimo de un alquimista.

Nos despedimos con la promesa de que le escribiría en breve. Y así lo hice. Al regresar a España, los miembros del equipo de investigación *La novela corta del siglo XVII: estudio y edición* decidimos solicitar una acción complementaria al Ministerio de Innovación y Ciencia. Doy fe de que semejante atrevimiento, que he pagado con una condena sumarásima de veintiséis facturas por abonar, una caja de bombones al servicio de Investigación de la UCO y la censura de cinco restaurantes en los que antes se me recibía al grito de «¡Qué gusto verlo por aquí, don Rafael!», no se repetirá. Deserciones ministeriales aparte, le propuse a Anthony Close que dictara la ponencia inaugural del Congreso. Un par de correos electrónicos más tarde —era fiel ejemplo del «escribo como hablo» de Valdés—, aceptó; no sin advertir que en los últimos lustros había restringido su presencia en coloquios, seminarios y saraos. Pero tenía una casa cerca de Granada y me consta que el ofrecimiento le hizo ilusión.

El lector y sus amigos saben que no pudo realizar ese viaje que tanto anhelaba en compañía de Françoise. Para que conociera Córdoba y alrededores (ya no averiguaré qué entendía Close por «alrededores»). Por eso le dedicamos tanto las sesiones del 29 y 30 de marzo de 2011 como esta floresta de ensayos acerca de dos temas que dominaba a la perfección: la novela y la comedia; los vínculos entre la

narrativa y el teatro. Considero que el primer número de la colección *Prosa barroca*, que la editorial *Sial* ha tenido la generosidad y el acierto de albergar, goza ya de un padrino de excepción por gracia de este homenaje. Aunque seguro que Anthony, desde su Clavileño del Cielo, lo estimará tan «opulento como excesivo». Es la única vez que imposto su voz.

He querido compartir mis impresiones, el rostro a vuela pluma de un profesor a quien solo alcanzo a dibujar, pues el tiempo me privó de los matices y colores para pintarlo. Sin abandonar la gratitud a los nombres que desfilan por estas líneas y al resto de la Facultad de Lenguas Modernas y Medievales. Celebremos que Anthony tuvo el don del talento, intuición, generosidad, elegancia, oportunidad y, por qué no, fue muy libre. Se le negaron, en cambio, la ambición, la mezquindad, la aptitud para la intriga y una excesiva dependencia de los oropes universitarios. Tuvo la riqueza de su familia y de sus amigos; o sea, lo justo para que nada torciera su voluntad. Al concluir su carrera se pudo permitir el lujo de decir sin arrepentimiento ni jactancia: ¡ahí queda eso!

Lo releo, en definitiva, como «Un Hombre para Todas las Estaciones», siempre que traduzcamos fielmente, esto es, a la zaga de los cuadros de Arcimboldo, el título de la clásica película de Fred Zinnemann, que en España se estrenó como *Un hombre para la Eternidad* (1966). Es posible que en aquel invierno de Cambridge un joven filólogo, natural del verano más intimidante de la Península Ibérica, tuviera el placer de charlar con un maestro en el otoño de sus días. Pero aquella tarde, porque Close así lo quiso, para mí fue Primavera.